**La Sociología de las Emociones en América Latina**

**Palabras clave**

Emociones, sociología, América Latina, temáticas y líneas emergentes, perspectivas

**Resumen**

Se aborda el desarrollo de la sociología de las emociones en América Latina entre 2000 y 2019, como un campo de conocimiento reciente en proceso de institucionalización. Seis áreas temáticas -diversas y heterogéneas- nuclean la investigación durante el período: a) cambio social, sociabilidad y emociones; b) movimientos sociales y sentimientos; c) género, generaciones, afectividad, cuidado; d) migración y emociones; e) trabajo, afectividad y emociones; f) reflexiones teóricas y propuestas analíticas. La valoración crítica del campo arroja tres tensiones analíticas que dificultan su consolidación: 1) en el recorte disciplinario (sociología; sociología y antropología de las emociones; filosofía y sociología); 2) en las perspectivas de análisis (sociológicas; socioculturales; filosóficas); 3) en el objeto de investigación (emociones; emociones y cuerpo; cuerpo y emociones), con implicaciones para la investigación social.

**TABLA DE CONTENIDO**

**INTRODUCCIÓN**

**AREAS TEMÁTICAS PREDOMINANTES**

**Cambio social, sociabilidad y emociones**

**Movimientos sociales y sentimientos**

**Género, generaciones, relaciones amorosas, cuidado**

**Migración y emociones**

**Trabajo, afectividad y emociones**

**Reflexiones teóricas y propuestas analíticas**

 **BALANCE Y PERSPECTIVAS**

**INTRODUCCIÓN**

Al organizar en 1975 la primera sesión sobre sociología de las emociones en el congreso anual de la Asociación Americana de Sociología, Thomas Scheff marcó el inicio de este campo de conocimiento como ámbito subdisciplinario de la sociología estadounidense (Kemper 1990). Habrían de pasar cerca de veinte años para que Mauro Guillermo Pinheiro Koury fundara en 1994 el Grupo de Pesquisa em Antropologia e Sociologia das Emocoes, en Brasil; y más de treinta para que el filósofo argentino Adrian Scribano conformara en 2007, en Guadalajara, México, el primer grupo de trabajo sobre sociología del cuerpo y las emociones dentro de la Asociación Latinoamericana de Sociología y, simultáneamente, la Red Latinoamericana de Estudio de los Cuerpos y las Emociones (Sabido 2011). Poco años después ambos académicos crearon sendas revistas especializadas: la Revista Brasileña sobre Sociología de las Emociones, en 2002; y la Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad, en Argentina en 2009.

De 2007 en adelante emergen varios grupos y redes de investigación: la Red Nacional de Estudios Socioculturales de las Emociones, en 2008, en México, liderada por Oliva López y Rocío Enríquez; el Núcleo sobre Sociología del Cuerpo, en 2009 en Chile, coordinado por María Emilia Tijoux; el Seminario Institucional Sociología de las Emociones en 2009, en México, a iniciativa propia; el Grupo de Estudios sobre Sociología de las Emociones y los Cuerpos, fundado por Adrián Scribano en Argentina, en 2011; el Núcleo de Estudios sobre la Intimidad, los Afectos y las Emociones, impulsado por Ana Abramowski y Santiago Canevaro, en 2012, en Argentina; y el Grupo de Investigación sobre Emociones y Sociedad de reciente creación en Chile, a cargo de Iván Pincheira.

Descontando el esfuerzo precursor de Koury en 1994, puede afirmarse que es poco antes de concluir la primera década del siglo XXI cuando inicia la sociología de las emociones como campo disciplinario en América Latina. En contraste con lo sucedido en la academia estadounidense, este esfuerzo seminal no parte estrictamente de la sociología, sino de la confluencia entre ésta y la antropología en el caso de Brasil; y de la imbricación entre la filosofía y la sociología, en Argentina. En otros países (México) se constatan también superposiciones disciplinarias, principalmente entre la antropología y la sociología, acompañadas de esfuerzos por decantar una mirada netamente sociológica. Estas particularidades dejarán su impronta en la investigación empírica generada desde entonces.

Se trata de un campo de investigación joven que, si bien denota un incipiente proceso de creación de prácticas científicas propias como requisito para su autonomía, dista de poseer una identidad claramente diferenciada; de ahí que hablamos de un campo de investigación en proceso de institucionalización. Para alcanzar dicho objetivo es necesario construir las condiciones internas y externas que aseguren el carácter diferenciado de su saber a través de la creación de departamentos universitarios especializados (como sucede con los estudios de género, por ejemplo); la formación de recursos humanos que reproduzcan sus prácticas y capital científico; la celebración de reuniones académicas periódicas respaldadas en una producción firme, entre otros aspectos (Bourdieu 2000, 2003).

 El objetivo de este artículo es realizar un análisis de la evolución de la sociología de las emociones en América Latina como un campo de investigación reciente. El texto consta de dos apartados, además de esta introducción. En el primero se describen las áreas y líneas de investigación predominantes entre 2000 y 2019; en el segundo se realiza una reflexión crítica destacando los avances y los puntos que dificultan su consolidación.

Para valorar la producción científica durante el período se construyó una base de datos con artículos provenientes de 39 revistas latinoamericanas, más una serie de libros, capítulos y tesis (de grado y posgrado), conformando un total de 286 productos académicos. Los descriptores utilizados fueron: cuerpo; cuerpo, emociones y afectividad; y emociones y afectividad. Una vez excluidos los que se centraban sólo en el estudio del cuerpo, y los que no constituían investigación empírica o teórica, arribamos a 258 textos, de los cuales se examinó con exhaustividad una muestra equivalente al 35 %.

De la información recabada emergen algunas regularidades: 1) más de 80% de la producción científica se concentra en la segunda década (2010-2019), sobre todo en el último cuatrienio (2016- 2019), con 55 % de las publicaciones; 2) tres países liderean la investigación, en orden jerárquico: México, Brasil y Argentina, seguidos de Colombia y Chile, ya sea si se toma la institución de adscripción del autor o el lugar de la publicación; 3) seis áreas temáticas concentran la mayoría de la investigación: a) cambio social, sociabilidad y emociones; b) movimientos sociales y sentimientos; c) género, generaciones, afectividad, cuidado; d) migración y emociones; e) trabajo, afectividad y emociones; f) reflexiones teóricas y propuestas analíticas. Si bien otras temáticas estuvieron presentes (emociones y comunicación social; emociones y religión; expresiones artísticas y emociones), seleccionamos sólo las que por su densidad constituían un área de investigación diferenciada.

**AREAS TEMÁTICAS PREDOMINANTES**

La exposición de las áreas temáticas y sus diferentes líneas de investigación sigue grosso modo una secuencia cronológica, según orden de aparición en la revisión bibliográfica.

**Cambio social, sociabilidad y emociones**

Las implicaciones socioemocionales de los procesos de cambio social en la sociabilidad es una de las áreas de investigación más tempranas y consistentes de la región. Dependiendo del tipo de cambio social en cuestión (paso de una sociedad rural a otra urbana; o ampliación del proceso de modernización en las llamadas sociedades de riesgo), y del marco interpretativo, los autores derivan consecuencias diversas. Una nota común es la ubicuidad del miedo como fundamento (y correlato) de los intercambios relacionales producto de la fragilización de los vínculos sociales que el proceso de cambio social ocasiona. Como emoción social, el miedo se encuentra en la raíz de la vulnerabilidad humana y cumple un papel fundamental en la reproducción del orden social (Luna 2005). De acuerdo con estas investigaciones, la ubicuidad del miedo en las sociedades urbanas contemporáneas es una expresión de la tensión presente en dichos vínculos y cumple un papel importante en la reproducción de las distancias sociales y los procesos de estigmatización de la otredad.

Partiendo de una matriz analítica simmeliana, Koury (2002, 2004, 2007, 2014, 2017) y Barbosa (2014a) abordan los correlatos afectivos del acelerado proceso de urbanización por el que atravesó la ciudad de João Pessoa (Pernambuco, Brasil) a mediados del siglo XX. Transformaciones sociales rápidas y desacompasadas minan -por la vía del individualismo- las relaciones de proximidad y confianza haciendo del miedo, la sospecha perenne del otro, el elemento clave de la interacción social. Miedo a la deslealtad, al castigo de dios y a la soledad; miedo a la inestabilidad, a la incertidumbre del futuro y a lo desconocido; y miedo a la violencia, son los tres tipos de miedo identificados por Koury (2007) entre los habitantes de João Pessoa. En estas circunstancias, la confianza y la lealtad devienen un bien inestimable para lograr la cohesión intra grupal (Koury 2002, 2014).

En *Sociología del miedo* (Luna 2005), obra pionera en el contexto latinoamericano, Rogelio Luna analiza -desde una perspectiva construccionista (Hochschild 1983; Gordon 1990)- los significados sociales cambiantes atribuidos al diablo, las ánimas y la naturaleza en dos generaciones de una comunidad rural del oeste mexicano al transitar hacia una sociedad urbana, secularizada. El autor encuentra que las modificaciones en las significaciones sociales de estos miedos y sus inductores ocurren de manera no lineal y contradictoria y están fuertemente influenciadas por la introducción de las tecnologías de la información y la ampliación del proceso de escolarización, con diferencias importantes por estrato social y género. Durante el proceso de cambio social vivido por esta comunidad, el miedo al diablo, símbolo del mal -asociado con el pecado, la culpa y la trasgresión moral- pierde su impronta católica para adquirir connotaciones más abstractas, pero no desaparece. La apropiación del discurso científico por las jóvenes generaciones de profesionales atenúa algunas fuentes de temor relacionadas con los fenómenos de la naturaleza. El cambio social modifica a su vez la cultura de la resignación y el valor moral atribuido al sufrimiento en las viejas generaciones de la comunidad, en favor de una visión más lúdica y hedonista de la vida en los jóvenes (Luna 2008).

Se plantea que el miedo, y en particular el miedo cotidiano, es una dimensión central de la cultura emotiva contemporánea que contribuye a la reproducción del statu quo al restringir las posibilidades de intercambio en el espacio urbano (Koury 2004; Barbosa 2014b, 2014a). El miedo lleva al establecimiento de fronteras (visibles e invisibles) entre los residentes, fundadas en la degradación moral de aquellos a los que se señala como peligrosos. Por tanto, en su dimensión moral, el miedo al otro denota el temor al contagio, el riesgo de contaminación con lo impuro; es el rostro que adquiere el extraño en las sociedades de riesgo de la modernidad tardía (Koury 2004, 2007; Olvera & Sabido 2007; Reguillo 2008; Caprón 2016). Siguiendo esta línea de reflexión, el estudio de la cultura emotiva de cada sociedad permite entrever las jerarquías simbólicas a que da lugar y los códigos morales que las legitiman. Como tonalidad afectiva predominante de los intercambios sociales urbanos, el miedo al otro produce una tendencia al retraimiento, acompañada de sentimientos de soledad y de nostalgia por un pasado mejor (Koury 2002, 2004, 2007). En los sectores subalternos, en particular, anidan sentimientos de vergüenza producto de la internalización de las representaciones sociales que los estigmatizan (Caprón 2016), aspecto que trasluce la violencia simbólica inherente a la cultura el miedo como cultura emotiva, el sufrimiento y dolor social que ocasiona (Koury 2004; Barbosa 2014a).

Las investigaciones recabadas realzan el papel central de los medios de comunicación en la construcción colectiva de los miedos cotidianos, al amplificar la estigmatización de ciertos grupos sociales y los espacios que habitan. En contextos de aguda violencia social, los jóvenes de sectores populares -y en general las personas pobres de las ciudades latinoamericanas- figuran entre los grupos sociales más criminalizados, en virtud de su elevada presencia entre las víctimas y los victimarios de los hechos delictivos. Este aspecto refuerza los procesos de exclusión social que padecen, profundizando la desigualdad (Koury 2004; Caprón 2016).

 Desde un prisma foucaultiano (Reguillo 2008), se plantea que la antropomorfización y ubicación espacial de los miedos es una respuesta de la ciudad contemporánea a la deslocalización de la percepción de inseguridad, con implicaciones políticas. De acuerdo con esta autora, demonizar la otredad produce una ilusión de control sobre el territorio que constituye una victoria de quienes detentan el poder. En su investigación sobre México identifica tres formas de satanizar la otredad: el tiempo nocturno, el territorio de la pobreza, y el entorno de desconfianza institucional.

**Movimientos sociales y sentimientos**

Un punto de partida común de esta área temática es el reconocimiento de que incluir la dimensión emocional permite superar las limitaciones de los enfoques cognitivistas en el estudio de los movimientos sociales. Se señala que incorporar la emocionalidad posibilita dotar de palabra a la experiencia de injustica, transitar del lugar víctimas al de actores, generar procesos de identidad colectiva y solidaridad, y promover un sentido de comunidad (emotiva) que permita refundar la política. En parte por la fuerza moral que conlleva, la apelación al dolor y al sentimiento de injusticia constituyen un recurso estratégico a la hora de trasladar a la arena pública las demandas sociales (Otero 2006; Freire 2012; Rodríguez 2015; Gutiérrez 2016; Reyna 2016; Teló 2019; Gravante & Poma 2019).

No deja de señalarse el carácter problemático que reviste la emocionalidad para la acción colectiva. Exhibir los sentimientos en la arena pública puede contribuir a la deslegitimación del movimiento pues etiquetar a alguien como emocional es cuestionar la validez de lo que enuncia, dada la frecuente asociación entre emocionalidad e irracionalidad en el imaginario social (Zenobi 2013). Por tanto, aun cuando las emociones son centrales para la movilización colectiva, pueden dificultar el logro de sus objetivos (Jasper 2012).

Un supuesto común a estas investigaciones es que las emociones atraviesan todas las fases del proceso de movilización, desde que se constituye hasta que desparece, de ahí el esfuerzo por identificar la dinámica emocional inherente a cada una, su gramática. Especial atención recibe el papel de las emociones como detonadoras de la acción colectiva. Característicamente, en la génesis de la movilización se encuentran emociones clave como la rabia digna, la frustración, el agravio o el dolor, las que suelen desembocar en la indignación, emoción con un gran potencial para la acción colectiva (Fernández 2014; Gutiérrez 2016; Reyna 2016; García et al. 2017; Colin 2017; Corduneanu 2019).

En fases subsiguientes, cuando se trata de cimentar la adhesión al movimiento, ganan relevancia la empatía -base de la solidaridad- y las llamadas emociones recíprocas (las que sienten unos con otros, Jasper 1997). En contextos de guerra y clandestinidad, las relaciones de amistad resultan clave, pues proporcionan sentimientos de confianza y lealtad y una serie de compensaciones afectivas que contribuyen a preservar la cohesión grupal, más allá de la filiación ideológica (Otero 2006; Teló 2019). El orgullo, la alegría y la esperanza son las emociones predominantes en los momentos de reconocimiento público del movimiento y cuando se alcanzan conquistas parciales. Tales estados afectivos son parte del beneficio emocional que deriva del llamado “placer de la agencia” (Wood 2001 , citado por Teló 2019 p. 20). En la fase desmovilizadora medran la frustración, la desconfianza, los celos o la envidia, entre otros.

Es importante destacar que este tránsito emocional característico de las distintas fases de la movilización no supone linealidad. Tampoco impide que los estados afectivos de alta energía emocional coexistan -de forma ambigua- con otros relativamente disonantes (y desmovilizadores) como, por ejemplo, el miedo, la desesperanza, la decepción o la tristeza. Todo dependerá de las contingencias propias de la confrontación política y de los logros obtenidos. Esta multiplicidad de estados afectivos ha estimulado la construcción de categorías analíticas: emociones impulsoras versus emociones detractoras; emociones de trauma versusemociones de resistencia; emociones desencadenantes versus emociones consecuentes; emociones movilizadoras versus emociones estructurantes (García et al. 2016; Gutiérrez 2016; Colin 2016; Tavano 2019).

Además de describir la dinámica emotiva presente en las distintas fases del proceso de movilización, varias de las investigaciones recientes profundizan en las estrategias de manejo emocional de que echan mano los actores sociales. Ya sea mediante la implementación de prácticas cognitivas o corporales, o del recurso a la actuación profunda o superficial (Hochschild 1983), la gestión emocional puede servir a los fines de conjurar el miedo contrarrestándolo con la alegría; o de canalizarlo hacia la rabia y la indignación con la finalidad de aumentar el caudal movilizador del grupo. Construir reglas del sentir que de forma tácita o explícita inhiban la expresión de sentimientos desmovilizadores, es también una táctica de gestión emocional frecuente.

 Por último, cuando se trata de rearticular la fuerza movilizadora de la protesta en momentos críticos, la apelación a la memoria histórica puede ser una estrategia de gran valor. Así sucedió, por ejemplo, con el recurso a los cacerolazos por parte de los estudiantes chilenos en 2011, como respuesta espontánea ante la inusual represión policial de que fueron objeto. El hecho tuvo resonancias afectivas inmediatas en el resto de la población chilena por la importancia simbólica que adquirió este ritual en el contexto de la dictadura pinochetista (1973-1990) (Ortiz 2019). Desde esta perspectiva la gestión emocional es una herramienta política más de la acción colectiva, de la que no necesariamente existe plena consciencia (Gravante & Poma 2018).

**Género, generaciones, relaciones amorosas, cuidado**

Los correlatos socioemocionales de la desigualdad de género en diversos contextos sociales, las diferencias intergeneracionales en el significado del amor y en el ejercicio de la sexualidad, y las implicaciones afectivas del cuidado de los adultos mayores en el seno familiar, son las principales líneas de investigación identificadas en esta área temática.

En un trabajo pionero, *El crisol de la pobreza. Mujeres, subjetividades, emociones y redes sociales*, Enríquez (2009) identifica los malestares emocionales que embargan a las mujeres en contextos de pobreza, el significado cultural que le atribuyen, y las estrategias de regulación emocional de que echan mano para enfrentarlos. Los “malestares emocionales femeninos” son entendidos como las diversas emociones ligadas al sufrimiento en situaciones de opresión (pobreza y exclusión social), con capacidad para modificar la vida de las personas y su noción de sujeto (Burín et al. 1991, citados por Enríquez 2009 p.205). La tristeza y el enojo emergieron como los malestares más recurrentes; pero mientras la tristeza constituyó una forma socialmente aceptada de expresión emocional femenina, el enojo no. Invariablemente, la tristeza fue significada como “cansancio”, “impotencia”, “desesperanza”. El enojo, en cambio, adquirió matices de “odio”, “agresividad”, “desesperación”, “ganas de estar sola y de irse lejos” (Enríquez 2009 p.248-250). En ambos casos las mujeres asociaron los malestares con referentes corporales específicos: dolores de cabeza, falta de energía, problemas gastrointestinales. Tanto la tristeza como el enojo tuvieron claros contenidos sociales: la tristeza se asoció con la escasez de recursos y las relaciones asimétricas de género; el enojo, con la sobrecarga de trabajo (doméstico y extradoméstico), y las múltiples dificultades para sobrevivir en la pobreza. A pesar de las inequívocas raíces sociales de estos malestares, en la generalidad de los casos las formas de regulación emocional utilizadas por las mujeres fueron individuales y transitorias. Este aspecto es interpretado por la autora como una manera de evitar la confrontación con el orden social.

En lo que concierne a la emocionalidad masculina, aun cuando se reconoce la centralidad del enojo, la ira y la “explosividad” (Ramírez 2014 p.109) en la reproducción de las desigualdades entre hombres y mujeres, y su estrecha conexión con la violencia, se hace un llamado de atención acerca de la complejidad que encierra la emocionalidad masculina. Antes que por una emoción particular, la masculinidad comprende un abanico de estados afectivos entre los que ocupan un lugar destacado el miedo y la culpa. Con base en Kaufman (1997), Ramírez (2014) afirma que el miedo ilustra las contradicciones emocionales en el ejercicio del poder desde la masculinidad hegemónica. Puede emanar de la autopercepción de una insuficiencia de poder, su asociación con la vulnerabilidad femenina, o de la inseguridad que suscita el empoderamiento femenino. Una forma clave de experimentar poder es el control de las propias emociones (Corsi 1995, citado por Ramírez 2014). En contraste con el miedo, la culpa se sustenta en la auto recriminación por un exceso en el ejercicio del poder (Kemper 1990).

Otra línea de investigación se centra en los cambios intergeneracionales en las concepciones sobre el amor y la sexualidad en contextos indígenas o urbanos, producto de transformaciones socioculturales de largo plazo (escolarización, acceso al mercado de trabajo, exposición a medios de comunicación, etc.) (Rodríguez 2014; Velasco 2016). La investigación de Velasco (2016) en los Altos de Chiapas, México, constata una transformación radical en la significación de la genitalidad femenina en tres generaciones de mujeres: si las abuelas monolingües se avergonzaban de su cuerpo y no osaban jamás nombrar sus genitales, las nietas manifestaban orgullo por su corporalidad y estaban dispuestas a dejar aflorar la ira ante cualquier forma de hostilidad sexual; aspecto que -según Velasco- denota el potencial de dicha emoción para habilitar la agencia femenina.

A pesar de que las jóvenes generaciones de sectores sociales medios urbanos parecieran transitar hacia relaciones afectivas más equitativas, inscritas en un ideario postromántico, el análisis de sus experiencias revela tensiones entre ambos imaginarios (romántico y postromántico) (Rodríguez 2019). Aun cuando discursivamente los jóvenes proclaman como un derecho contar con un espacio propio, al margen de la pareja, el asunto es fuente de conflictividad y de “emociones esquizofrénicas” (Z. Rodríguez 2019 p.249), emociones que parecen responder a dos órdenes afectivos distintos. Algo semejante acontece con los celos, regla del sentir propia del imaginario amoroso romántico, tildada de anacrónica, pero con plena vigencia en la interacción amorosa juvenil (Z.Rodríguez 2019; Peña et al. 2019). Estos datos corroboran la penetración del amor romántico (el “credo amoroso dominante”), en las expectativas afectivas de las nuevas generaciones (da Silva 2006 p.228 ; Z.Rodríguez 2014, 2017, 2019; T. Rodríguez 2017; Peña et al. 2019). En la discrepancia entre el imaginario romántico y las prácticas yace la fuente de sufrimiento amoroso, condición afectiva inherente a la mitología del amor romántico: sufrir por el ser amado enaltece al que ama ungiéndolo de superioridad moral. Carecer de amor es no sólo fuente de sufrimiento, sino de miedo y de estigma, sobre todo cuando se es mujer sin pareja (Cuevas 2017).

Lejos de lo que pudiera pensarse, la interacción socio-digital no aminora la contradicción entre el ideario amoroso y la experiencia vivida. Si bien las plataformas digitales liberan el vínculo afectivo del imperativo de la copresencia física, ampliando los mercados románticos y las formas de flirteo y seducción, refuerzan componentes centrales del imaginario romántico tradicional, entre ellos: la expectativa de intensidad emocional, la exigencia de una presencia virtual constante, el control de las interacciones socio digitales de la pareja como requisito para otorgar confianza, y la estigmatización de las mujeres cuando emprenden la búsqueda activa de encuentros amorosos virtuales (T. Rodríguez 2017).

Una última línea de investigación concierne a los correlatos socioafectivos del cuidado en la atención a personas mayores en el ámbito familiar (Enríquez 2014; Vázquez & Enríquez 2014) . Las relaciones de reciprocidad fundadas en lazos afectivos entrañan altas expectativas de lealtad y entrega. Ya sea desde el punto de vista del dador o del receptor, la función del cuidado suscita un flujo emocional denso y ambiguo. La pena emerge como emoción “nodo” en el espectro afectivo de los ancianos receptores de cuidado; en las cuidadoras, en cambio, medran desesperación, miedo, enfado, impotencia y cansancio. Cuando el cuidado requiere la atención de familiares aquejados de enfermedades crónico-degenerativas (diabetes, cáncer), las cuidadoras desarrollan estrategias de regulación emocional que les permiten cuidarse y preservar el bienestar de quienes se encuentran a su cargo. Entre tales estrategias figuran: contener o simular la expresión afectiva, omitir cognitivamente los efectos indeseables de la enfermedad; o emprender un cambio emocional real a partir de la actuación profunda (Vázquez & Enríquez 2014).

**Migración y emociones**

Los trabajos seminales en este subcampo temático iniciaron con la preocupación acerca de las implicaciones de la ausencia prolongada del jefe de hogar sobre las mujeres “a la espera” (Mummert 1988 p.285; D’Aubeterre 1995) en localidades rurales mexicanas de alta emigración masculina a Estados Unidos, para incluir sucesivamente la complejidad afectiva de las relaciones familiares a distancia y las secuelas emocionales de las distintas fases del proceso migratorio.  Gustavo López (2007) propuso el concepto Síndrome de Penélope para aludir a los trastornos somáticos y psíquicos que afectan a las mujeres en contextos de alta migración masculina debido a las fuertes cargas (físicas y emocionales) que sobrellevan. En un esfuerzo por complejizar la noción de espera, Martínez (2008) plantea entenderla como una situación cotidiana de intermitencia, de pausa en las relaciones afectivas con los ausentes, que se reactiva de tanto en tanto gracias a la comunicación fluida o el reencuentro.

En esta línea de reflexión, D´Aubeterre (2000) formula el concepto de conyugalidad a distancia para referirse a la experiencia singular de la vida marital asociada con la migración masculina en hogares multisituados. Las investigaciones destacan el predominio de estados afectivos negativos (ira, inseguridad, ansiedad, vergüenza, melancolía, tristeza, agobio, miedo, deseo de castigar a la pareja, nervios); y los procesos de gestión emocional que emprenden las cónyuges para expresar sólo las emociones que le son permitidas como mujeres casadas, entre las que se excluye la ira (Ariza & D’Aubeterre 2009; Clairgue 2012; López 2012; Cienfuegos 2017; Maya & Jarillo 2018; Maya et al. 2019). El estado del vínculo conyugal incide a su vez en varios procesos: 1) en el bienestar emocional de las mujeres, dada la alta dependencia de la mirada masculina para la reafirmación de su identidad; 2) en la valoración del éxito (o fracaso) del proyecto migratorio en tanto estrategia familiar de movilidad social; 3) en la regularidad del envío de las remesas en la medida en que éstas constituyen una manifestación simbólica del compromiso familiar. El cese de los envíos suele anteceder a la ruptura del vínculo conyugal (López 2012).

 La afectividad y el cuidado que se prodigan los integrantes de las familias transnacionales, junto a las emociones que suscita la interacción familiar a distancia, constituyen una segunda veta de análisis (Puyana & Rojas 2011; Asakura 2011, 2012, 2014, 2016; Ariza 2012, 2014; González-Fernández 2016; Hernández 2016; Castro 2016). Las investigaciones resaltan la naturaleza ambigua de la afectividad a distancia y su fuerte carga emocional. Es tal la gama de estados afectivos presentes en las relaciones familiares transnacionales que se habla de entramados o de escenarios emocionales, para aludir a la serie de sentimientos contrapuestos que encierran (Asakura 2016; Hernández 2016). En general, el desencuentro entre expectativas normativas acerca de la maternidad, la paternidad o los deberes filiales, y las posibilidades efectivas de colmarlas, es fuente de perenne malestar. Mientras la culpa y el remordimiento (aunque también el orgullo y la satisfacción) forman parte del espectro emocional que aqueja a las madres migrantes imposibilitadas de prodigar atención directa a sus hijos, el resentimiento, el enojo, la tristeza y la sensación de abandono embargan a los menores tras largos años de separación de sus progenitores. Entre las estrategias de regulación emocional que despliegan los hijos figura el esfuerzo por manifestar discursivamente los sentimientos adecuados (admiración y agradecimiento) ante lo que desde la familia y la comunidad se considera el sacrificio de los padres, reprimiendo el dolor y/o el enojo.

En la calidad de los vínculos a distancia entre padres e hijos influye decisivamente la manera en que haya ocurrido el duelo migratorio. Este tipo de duelo se distingue de otros por su parcialidad (el objeto amado no desaparece por completo); su recurrencia (se activa con cada separación; y su multiplicidad (entraña pérdidas múltiples: de afectos, lugares, pertenencias) (Falicov 2002; González 2005; Rozo 2007, citado por Asakura 2016 p.78). Un proceso de duelo exitoso debería conllevar rituales de despedida adecuados, pero éstos pocas veces se emprenden. En la mayoría de los casos los padres parten abruptamente, sin preparar a los hijos, esquivando así el dolor de la despedida. Anidan por tanto duelos inconclusos, duelos “enquistados” (González-Fernández 2016 p.113), que desembocan en profundos sentimientos de dolor y de abandono en los menores (Puyana & Rojas 2011; González-Fernández 2016). Tales duelos, junto a la duración de la separación y la ausencia de los padres en momentos rituales clave de la vida de los hijos, mellan las relaciones de intimidad, el cariño y la confianza que preservan la cohesión familiar, promoviendo sentimientos de extrañeza y de desfamiliarización (Ariza 2014; Castro 2016).

Una tercera línea de investigación documenta los estados emocionales asociados con el tránsito migratorio y el cruce fronterizo, por un lado; y con las múltiples facetas de la experiencia migratoria en los lugares de destino, por otro. El miedo y la incertidumbre emergen de manera recurrente durante el traslado y el cruce fronterizo entre México y Estados Unidos, dadas las situaciones de riesgo que los acechan. Impregnan también la subjetividad de los mexicanos indocumentados residentes en EUA, sometidos a un régimen de deportabilidad permanente dado el contexto de creciente criminalización de la migración. El encierro y el aislamiento; el conocimiento de los recovecos legales del sistema legal estadounidense para protegerse; y la conciencia de la función de intimidación y control que cumple el miedo, son algunos de los mecanismos de gestión que desarrollan, acompañados de la religión como estrategia auxiliar de regulación emocional (Aquino 2015). Cuando en determinadas coyunturas históricas o económicas, la criminalización de los inmigrantes se institucionaliza, puede prohijarse un clima emocional antiinmigrante en el que el miedo al otro (al extranjero) sea el sentimiento aglutinante (Hirai 2016).

Entre todos los estados afectivos asociados con la experiencia migratoria, la nostalgia (una suerte de tristeza difusa, de dolor vinculado con la remembranza y la pérdida), es sin duda el más emblemático (Hirai 2009, 2014; Clairgue 2012; Tuñón & Martínez 2019). Embarga no sólo a los que partieron sino a los que quedaron atrás. En contextos de transición, la nostalgia proporciona un ancla en la que refrendar el sentido de pertenencia dado por la propia cultura. En su investigación etnográfica con inmigrantes jalisciences en California y México, Hirai (2009) constata que la nostalgia es contingente a las condiciones en las que ocurrió el desplazamiento, los motivos, y las experiencias vividas en la sociedad de destino. Lejos de ser omnipresente, surge de forma intermitente, cambia con el tiempo, y adquiere significados distintos por género y generación: los jóvenes evocaban el terruño natal como un espacio de libertad; los hombres (en contraste con las mujeres), lo visualizaban como el lugar donde habitan mujeres dispuestas a aceptar la identidad masculina tradicional. Un detonante importante de la nostalgia, de acuerdo con Hirai, son las múltiples formas de alineación (física, social, laboral) que padecen los inmigrantes en las sociedades receptoras.

Esperanza, tristeza, vergüenza y humillación, son otras tantas emociones presentes en la experiencia migratoria, la que ha de ser entendida como un viaje emocional (Ryan 2008). La esperanza y la tristeza -o un movimiento pendular entre ambas- son parte del tono afectivo difuso y de baja intensidad que tiñe la cotidianeidad de los inmigrantes (Ramos 2009). En cambio, la humillación y la vergüenza se asocian con el ejercicio de actividades laborales socialmente degradadas, tales como el servicio doméstico y los trabajos de cuidado en el hogar, segmentos laborales del mercado de trabajo donde proliferan las inmigrantes de países periféricos (Ariza 2016, 2017a, 2017b).

**Trabajo, afectividad y emociones**

La medida en que la actividad laboral implica poner al servicio de la rentabilidad económica las habilidades afectivas de los trabajadores, el llamado trabajo emocional, es una primera línea de investigación en esta área temática. Siguiendo la propuesta clásica de Hochschild (1983), se analizan las particularidades del trabajo emocional en determinados ámbitos del sector servicios, entre ellos los call centers, modalidad de gestión laboral característica del capitalismo postindustrial (Nieto 2017; Montarcé 2019; Thirión 2007). Transmisión de confianza, empatía con el consumidor, esfuerzos por atemperar su enojo e inconformidad, muestras reiteradas de deferencia en una atmósfera de relativa proximidad afectiva, son parte de las prácticas que conlleva el performance del trabajo emocional en estos centros laborales. Desde un ángulo de lectura foucaultiano, la “fabricación en serie de sonrisas”, la llamada “estandarización afectiva” (Montarcé 2019 p.15) como exigencia laboral de los call centers, constituye una forma de extractivismo emocional propia del capitalismo neocolonial que captura las creencias y los afectos de los trabajadores en favor de los intereses de la empresa. En sentido general, las habilidades cognitivas y afectivas para relacionarse con los clientes son parte de los requisitos contemplados por los departamentos de recursos humanos al evaluar a un potencial trabajador: ha de contar con buena presencia, ser agradable al olfato, escuchar al cliente, ponerse en su lugar, producir confianza, expresar gratitud, ser persuasivo, y resistir el agotamiento; en suma, verdaderos “atletas afectivos”  (Quattrini 2015 p.67, 2017).

Una segunda línea de reflexión indaga acerca de las repercusiones socio emocionales de la inestabilidad laboral y el desempleo en los hombres trabajadores. La fuerte asociación entre trabajo e identidad masculina convierte a la vulnerabilidad laboral en causa de profundo pesar (Salguero 2007; Tena 2007; Mancini 2016; López & Ramos 2018; Ramírez 2019). En situaciones prolongadas de desempleo asoma la convicción de haber fallado como hombre, como esposo, y/o como padre proveedor. Ansiedad, tristeza, frustración, humillación, sensación de inutilidad, desesperanza, vergüenza, miedo, culpa, son algunas de las emociones recurrentes, acompañadas de cuadros depresivos (López & Ramos 2018). La pérdida de los vínculos laborales suscita sentimientos de soledad y da pábulo a la idea de que se ha dejado de ser un “ciudadano normal” (Mancini 2016 p. 223). La vergüenza pública por no estar a la “altura de las circunstancias” (p. 223), profundiza la tendencia al aislamiento, en una suerte de recursividad negativa. La investigación de Ramírez (2019) con un grupo de hombres desempleados en la ciudad de Guadalajara (México), arroja un amplio vocabulario emocional en el que -como era de esperarse- prevalecen las emociones displacenteras (miedo, frustración, inutilidad, soledad). Además de ser capaces de enunciar los estados afectivos asociados con el desempleo, los hombres utilizaron dos recursos indirectos para aludir a sus sentimientos: la narración y la metáfora, hallazgo que sugiere la necesidad de prestar atención a la diversidad de marcadores emocionales presentes en las historias de vida masculinas.

Una última línea de reflexión profundiza en las interrelaciones entre afectividad y trabajo en contextos sociolaborales en los que el género y/ o la clase social son ejes de estratificación importantes (Arango 2011; Peláez 2016; Canevaro 2016, 2018; Etcheberry 2017; Cuéllar 2019). En industrias masculinizadas, donde las mujeres forman un segmento específico de la fuerza de trabajo, la gestión emocional y el manejo del cuerpo se convierten en medios para establecer una distancia defensiva ante las posibilidades de acoso. En su investigación en una industria minera del norte de Chile, Etcheberry (2017) identifica performances emocionales y corporales distintos según el perfil ocupacional de las trabajadoras: mientras las operarias reproducían las identidades de género hegemónicas, las profesionales fincaban su validación en las competencias técnicas e intelectuales. Cuando en industrias masculinizadas, las obreras desempeñan tareas feminizadas consideradas sucias o contaminantes (limpiar pescado en una industria atunera de México, por ejemplo), llegan a ser objeto de una doble estigmatización en la que se superponen el desprecio de clase con el desprecio de la condición femenina. El correlato afectivo de esta doble estigmatización es el asco -emoción moral fuertemente clasificatoria-, del que las trabajadoras luchan con ahínco por desprenderse (Miller 1997; Peláez 2016).

También en sectores laborales feminizados el trabajo emocional y el trabajo corporal se entrelazan de modo inextricable. Tal es el caso de los salones de belleza. No se trata sólo del manejo del propio cuerpo que han de hacer los y las estilistas para proyectar una imagen acorde con los cánones de belleza promocionados por la industria global, sino de la vulnerabilidad implícita en traspasar el umbral de la intimidad personal al tocar, modelar, el cuerpo del cliente sin menoscabo de su dignidad. De acuerdo con la investigación de Arango (2011) en Bogotá, en tanto trabajo emocional, la buena atención que han de proporcionar los peluqueros supone: entender las necesidades de cuidado personal y de escucha psicológica de los clientes, aunque no se empatice con ellos; identificar la clase social para desplegar las marcas de deferencia adecuadas; y crear la ilusión de horizontalidad con el cliente como para generar la confianza e intimidad necesarias.

El trabajo emocional es también parte del ejercicio laboral cotidiano de las empleadas domésticas, quienes ejercen su actividad en un entorno particular, marcado por fuertes asimetrías de clase y una perenne tensión entre proximidad afectiva y distancia social. Las trabajadoras han de modular continuamente su expresión afectiva para producir las señas de deferencia adecuadas a su posición de clase, pero también la cercanía afectiva esperada entre quienes conviven. Como ámbito laboral peculiar, el hogar suscita emociones intensas y ambiguas a uno y otro lado de la relación laboral. Un conjunto de aspectos condiciona el intercambio afectivo: la modalidad del servicio doméstico (puertas adentro o puertas afuera), la trayectoria laboral de las trabajadoras, la antigüedad del vínculo, la etapa del ciclo de vida de la empleadora, etc. (Canevaro 2016, 2018). La presencia recurrente de determinadas emociones trasluce las propiedades socio estructurales que enmarcan este intercambio relacional (Kemper 2006): gratitud, vergüenza y humillación en las empleadas; culpa y confianza en quienes las contratan (Ariza, 2016, 2017b; Cuéllar 2019).

**Reflexiones teóricas y propuestas analíticas**

Los desafíos teóricos y empíricos que plantea el estudio del amor en las sociedades contemporáneas, y las posibles sinergias entre la sociología de las emociones y las neurociencias, son las dos grandes avenidas de reflexión teórica identificadas. El objeto de indagación particular de la primera es el amor de pareja (Corona & Rodríguez 2000; Costa 2006; García 2013; Sabido & García 2015; García & Sabido, Olga 2017; López 2018). Una matriz analítica común a estas reflexiones es el reconocimiento de las tensiones que introduce la modernidad en las relaciones de intimidad, tanto por efecto del proceso de individualización como por la mercantilización de las relaciones afectivas inherente al capitalismo (Giddens 1998).

En este orden de ideas se propone recuperar a Niklas Luhmann para pensar el modo en que el amor moderno constituye un código de comunicación capaz de mediar en el intercambio entre los mundos de significados singulares de las dos personas implicadas en el vínculo (Costa 2006; López 2018). Se señala que las formas no discursivas de comunicación (miradas, toque corporal, diálogos fundados en mensajes no objetivables), permiten superar el umbral de incomunicabilidad producto de la acusada diferenciación social de las sociedades contemporáneas. Desde este ángulo de lectura sería posible analizar la manera en que el universo de la pareja resiste las presiones del mercado, pues aunque la gama de bienes de consumo romántico que éste ofrece facilita los rituales de pareja, no puede suscitarla energía amorosa (Costa 2016). Lo que distingue a las relaciones amorosas del resto de las interacciones sociales es la atribución de una significación única al vínculo de pareja, significación que resiste la homogenización promovida por el consumo romántico como forma de reproducción simbólica del capitalismo. En la recuperación de Luhmann que realiza López (2018) los sentimientos son una forma particular de ordenación de la realidad emprendida por los individuos en tanto sistemas psíquicos, cuya habilitación es posible gracias a la comunicación. Abordar sociológicamente los sentimientos supone observar la operación de sentido en la conciencia.

Para aprehender empíricamente la complejidad inherente a la relación amorosa en las sociedades contemporáneas (incluyendo la corporeidad), García y Sabido (2017 y Sabido & García 2015) proponen un marco analítico que abreva de Elias, Simmel, la fenomenología, y las neurociencias. Para ello distinguen tres niveles en la pareja amorosa entendida como figuración social: 1) el semántico (o sociocultural); el situacional (o interaccional); y los “eminded bodies” (Jónasdóttir 1993) (experiencia encarnada, indisoluble de los procesos mentales, Jónasdóttir 1993, citado por García & Sabido 2015 p.33). El nexo que atravesaría a los tres es el sentido (*sinn*), concepto simmeliano que refiere al significado y la orientación que guía a los seres humanos en el mundo. En este modelo analítico, el sentido es captado en la semántica (expectativas socioculturales sobre el amor); resignificado de forma única por los amantes en la interacción situada; y experimentado por los eminded bodies en tanto vivencia subjetiva encarnada.

La segunda línea de reflexión, la de las posibles sinergias entre las neurociencias y la sociología de las emociones, parte de reconocer las dificultades implícitas en este diálogo (Mercadillo 2016; Sabido 2017; García 2019; Romeu 2019). Un punto de anclaje en el que coinciden los autores son las mediaciones biológicas y sociales de la percepción y la experiencia (corpóreas) Desde la mirada de los neurocientíficos sociales, es perentorio que la propia disciplina admita que la función cerebral está unida a una experiencia subjetiva y que las emociones son parte de un cuerpo, simultáneamente biológico y cultural. A pesar de que los mecanismos neuronales y de la cognición social sean semejantes entre los individuos, la experiencia corporal de cada ser humano se configura de manera distinta, pues el tipo de información procesada puede incluir contenidos lingüísticos y culturales muy variables (Mercadillo 2016).

Desde el ángulo de las ciencias sociales se plantea la necesidad de que la sociología de las emociones complejice sus formulaciones acerca de la percepción y la experiencia dando cabida a sus correlatos biológicos, sin menoscabo de los sociales y fenomenológicos (García 2019). El carácter social de ambos procesos -percepción y experiencia-, no excluye el papel central del sistema de preferencias somatosensorial (Damasio 2005). Es imperativo también que la neurociencia deje de considerar a la sociedad como una mera exterioridad del organismo individual que se emociona (García 2019).

Una última vía analítica capitaliza la naturaleza sensorial de la sociabilidad en Simmel para proponer una sociología relacional y fenomenológica de los sentidos y la experiencia (Sabido 2017; Romeu 2019). En tanto configuración significativa de sensaciones, la percepción es multisensorial (va más allá de los cinco sentidos); corpórea (involucra el movimiento del cuerpo, su balance y orientación); e interaccional. Comprende no sólo el cuerpo y sus extensiones tecnológicas (dispositivos electrónicos, bastón, lentes), sino su interioridad, su estado biológico interno (Damasio 2005; Sabido 2017), y una dimensión comunicativa. Se advierte que es a través de la percepción – la que presupone los marcadores somáticos y la mediación social -cómo gestionamos la adaptación y la sobrevivencia en el mundo (Romeu 2019).

**BALANCE Y PERSPECTIVAS**

A poco más una década de su emergencia, la sociología de las emociones latinoamericana constituye un campo de investigación de creciente producción científica y diversidad de intereses analíticos, reconocible en al menos seis líneas de investigación, dispares y heterogéneas entre sí. La mayoría de éstas resalta la importancia de incluir la dimensión emocional en el análisis de los procesos sociales; emprende inventarios de los estados afectivos más característicos; y se esfuerza por identificar los mecanismos de gestión emocional presentes. Aunque con excepciones, esto se hace desde un eclecticismo teórico en el que se echa de menos la recuperación de los autores fundacionales del campo de la sociología de las emociones y sus desarrollos subsiguientes, con la excepción de Arlie Hochschild y, en menor medida, Theodore Kemper.

Un rasgo que distingue a este campo en proceso de institucionalización en América Latina es la insuficiente demarcación disciplinaria de la sociología, lo que puede guardar relación con el proceso de profesionalización de la sociología académica en la región. Como fue referido, los esfuerzos iniciales se situaron en la confluencia entre la sociología y la antropología, por un lado; y entre la filosofía (hermenéutica y biopolítica de Foucault) y la sociología, por el otro. Este aspecto acarrea varias tensiones en el campo de conocimiento, entre las que sobresalen: 1) el desplazamiento de la mirada sociológica y sus supuestos epistemológicos; 2) la dificultad para armonizar marcos analíticos provenientes de tradiciones de conocimiento distintas y generar con base en ellos enunciados de observación empírica pertinentes; 3) la ambigüedad (a veces indiferenciación) en el objeto de investigación: ¿emociones?; ¿emociones y cuerpo?; ¿cuerpo y emociones?

Lejos de lo que pudiera pensarse, no existe viabilidad para la interdisciplina sin la preexistencia de una perspectiva disciplinaria clara y acabada (Portes 2004). La identidad y fundamento del discurso sociológico reside en la manera en que se deslinda y define su programa de conocimiento. Su mirada de lo social se construye desde su propio punto de vista y en virtud de su aparato conceptual (Castañeda 2004). La singularidad de la aproximación sociológica a las emociones consiste en tratar de entender sus causas y consecuencias sociales (Barbalet 1998); o, dicho de otro modo, la naturaleza social de las emociones a la vez que la dimensión emocional de la vida social (Bericat 2012).

La disciplina antropológica privilegia el carácter sociocultural y construido de las emociones en tanto significados y prácticas sociales variables geográfica e históricamente (Lutz & White 1986; Bolaños 2016). Para la sociología, las emociones no se limitan a ser artefactos socio culturales anidados en la identidad y en la experiencia de los sujetos. Poseen dimensiones socio estructurales (poder y estatus) que exceden a la cultura, sin cuya mediación no pueden ser cabalmente entendidas (Barbalet 1998; Kemper 1990). Como subcampo disciplinario, la antropología de las emociones asume (en general) la postura interpretativista de Clifford Geertz (1988), quien propone un concepto semiótico de la cultura (Bolaños 2016; Osorio 1998) al que se le ha objetado desprender lo simbólico de sus referentes históricos e institucionales y caer en el particularismo (Hourcade 1995; Biersack 1989 citados por Bolaños 2016 p.188).

El discurso filosófico interroga al mundo desde una matriz de pensamiento totalmente distinta. No se sustenta en métodos y planteamientos hipotéticos contrastables sino en razonamientos lógicos abstractos que no ameritan de la validación empírica. No se funda en el supuesto de que los sujetos son productos sociales cuya conducta está determinada por estructuras o sistemas sociales, sino que puede entenderlos como un a priori (Castañeda 2004; Wallerstein 2004). Una de las vertientes filosóficas más presentes en algunas líneas de investigación analizadas en América Latina es la biopolítica de Foucault y sus desarrollos posteriores (Agamben 2006; Esposito 2009; Luna & Mantilla 2018). Desde esta vertiente las emociones (y los cuerpos) dan cuenta de los mecanismos de disciplinamiento del biopoder, concepto filosófico que refiere a la singularidad del poder en las sociedades modernas, en las que -en oposición al poder monárquico - el control se ejerce sobre el cuerpo individual, la interioridad de los sujetos y el cuerpo social (la población). Las tecnologías políticas (disciplinas) permiten obtener cuerpos (y subjetividades) dóciles al servicio del capitalismo y la gubernamentabilidad liberal: “el cuerpo no existe como un artículo biológico o un material, sino dentro y a través de un sistema político” (Foucault 1994 citado por Castro 2004 p.102; Antonelli 2014; Cayuela 2008). Emociones y cuerpos quedan así supeditados al orden político, punto de partida radicalmente distinto al del discurso sociológico.

Sea por una u otra vía, la mirada analítica de la sociología queda desdibujada: la adhesión a la propuesta antropológica inclina las investigaciones hacia una concepción construccionista y sociocultural de las emociones, hegemónica; el respaldo al planteamiento foucaultiano corre el riesgo de sobredeterminarlas políticamente en un razonamiento de corte teleológico. En ambos casos se encuentra ausente una concepción relacional, eminentemente social e interaccional de las emociones, leit motiv de la perspectiva sociológica. Esta tensión en el recorte disciplinario influye también en las decisiones metodológicas y en el abordaje empírico, dificultando la formulación de enunciados observacionales claros y precisos (Chalmers 1990). Las condiciones de enunciación de la ciencia suponen que el sujeto recipiente debe ser capaz de reproducir el enunciado como lo produjo el enunciante, acatando requisitos mínimos de validez, teórica y procedimental; es decir, metodológica (Castañeda 2004).

Un último corolario producto de la tensión en el recorte disciplinario es la ambigüedad o la insuficiente diferenciación analítica en el objeto de indagación empírica presente en algunas investigaciones: ¿estudiar las emociones?, ¿las emociones y los cuerpos? o ¿los cuerpos y las emociones? Aunque obviamente implicadas, emociones y cuerpos son dimensiones analíticas irreductibles cuyo examen conjunto reviste una enorme complejidad. Las investigaciones que se cobijan en la propuesta filosófica de Foucault privilegian el estudio del cuerpo, pero sólo en contadas ocasiones otorgan un estatuto analítico equiparable a las emociones. Su inclusión conjunta amerita de una cuidadosa articulación analítica y metodológica, fundada en la teoría, que impida yuxtaponerlas empíricamente en uso meramente nominal o metafórico.

A pesar de las observaciones críticas antes mencionadas, como campo de conocimiento, la sociología de las emociones latinoamericana ha empezado a otorgar visibilidad a la dimensión emocional en nuestras realidades sociales, esencialmente diversas. Ha abierto así un camino de reflexión que requiere de condiciones institucionales adecuadas para su fortalecimiento y reproducción, entre ellas, la generación de una masa crítica de estudiosos y la demarcación precisa de su espacio de competencia.

LITERATURA CITADA

Agamben G. 2006. *Homo Sacer I: El Poder Soberano y La Nuda Vida*. España: Pre-textos

Antonelli M. 2014. La biopolítica en cuestión. Observaciones sobre las críticas al concepto. In *Memorias Del I Foro Académico de Ciencias Sociales y Humanidades: Desafíos de La Argentina En El Siglo XXI*, p. cap. 1. Buenos Aires: Universidad Argentina de la Empresa

Aquino A. 2015. Porque si llamas al miedo, el miedo te friega: La ilegalización de los trabajadores migrantes y sus efectos en las subjetividades. *Estud. Front.* 16(32):75–98

Arango LG. 2011. Género, trabajo emocional y corporal en peluquerías y salones de belleza. *Rev. Manzana Discordia*. 6(1):9–24

Ariza M. 2017a. Migración y emociones: cómo entender el orgullo desde una mirada sociológica. In *Pensar Los Afectos. Humanidades y Ciencias Sociales Ante Un Desafío Común. Red Interdisciplinaria Sobre Afectos y Emociones.*, eds. A Abramowski, S Canavero, pp. 75–95. Argentina: Flacso Argentina/ Universidad San Martín

Ariza M. 2017b. Vergüenza, orgullo y humillación: contrapuntos emocionales en la experiencia de la migración laboral femenina. *Estud. Sociológicos*. 35:65–89

Ariza M. 2012. Vida familiar transnacional en inmigrantes de México y República Dominicana en dos contextos de recepción. *Si Somos Am. Rev. Estud. Transfront.* 12(1):17–47

Ariza M. 2014. Care Circulation, Absence and Affect in Transnational Families. In *Transnational Families, Migration and the Circulation of Care*, eds. L Baldassar, L Merla, pp. 94–115. Nueva York: Routledge

Ariza M. 2016. Tonalidades emocionales en la experiencia de la migración laboral Humillación y degradación social. In *Emociones, Afectos y Sociología: Diálogos Desde La Investigación Social y La Interdisciplina*, ed. M Ariza, pp. 279–325. México: IIS-UNAM

Ariza M, D’Aubeterre ME. 2009. Contigo a la distancia... dimensiones de la conyugalidad en migrantes mexicanos internos e internacionales. In *Tramas familiares en el México contemporáneo*, ed. C Rabell, pp. 353–91. México: IIS-UNAM

Asakura H. 2011. Reorganización y reacomodos afectivos en familias transnacionales: estudio de caso con migrantes de Santa Cecilia (Oaxaca) en Seattle (Washington). *Espac. Rev. Temas Contemp. Sobre Lugares Política Cult.* 1(1):45–71

Asakura H. 2012. Maternidad a distancia: Cambios y permanencias en las prácticas y las representaciones de las madres migrantes centroamericanas. In *Género y Migración 2*, eds. E Tuñón, M Rojas, pp. 713–32. Chiapas: Colegio de la Frontera Sur, El Colegio de la Frontera Norte, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en antropología Social

Asakura H. 2014. *Salir Adelante: Experiencias Emocionales Por La Maternidad a Distancia*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social

Asakura H. 2016. Entramado de emociones: experiencias de duelo migratorio de hijos e hijas de migrantes hondureños/as". In *Emociones, afectos y sociología : diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*, ed. M Ariza, pp. 69–108. México: IIS-UNAM

Barbalet JM. 1998. *Emotion, Social Theory, and Social Structure: A Macrosociological Approach*. United Kingdom: Cambridge University Press

Barbosa R. 2014a. Os conceitos de medos e medos corriqueiros na Antropologia e Sociologia das Emoções de Koury. *Rev. Bras. Sociol. Emoção*. 13(39):302–21

Barbosa R. 2014b. Estigma e intensa pessoalidade. Uma análise compreensiva dos rituais de interação em um residencial de um bairro popular. *Rev. Bras. Sociol. Emoção*. 13(38):153–68

Bericat E. 2012. Emociones. *Sociopedia Isa*. 1–13

Biersack A. 1989. Local Knowledge, Local History: Geertz and Beyond. In *The New Cultural History*, ed. L Hunt, pp. 72–96. EUA: University of California Press

Bolaños LP. 2016. El estudio socio-histórico de las emociones y los sentimientos en las Ciencias Sociales del siglo XX. *Rev. Estud. Soc.* (55):178–91

Bourdieu P. 2000. *Los Usos Sociales de La Ciencia*. Buenos Aires: Nueva Visión

Bourdieu P. 2003. *El Oficio de Científico: Ciencia de La Ciencia y Reflexividad: Curso Del Collége de France 2000-2001*. España: Anagrama

Burín M, Moncarz E, Velázquez S. 1991. *El Malestar de Las Mujeres: La Tranquilidad Recetada*. Argentina: Paidós

Canevaro S. 2016. Afectividad, ambivalencias y desigualdades Apuntes para pensar los afectos en las relaciones sociales en el servicio doméstico de Buenos Aires. In *Emociones, Afectos y Sociología: Diálogos Desde La Investigación Social y La Interdisciplina*, ed. M Ariza, pp. 241–77. México: IIS-UNAM

Canevaro S. 2018. ¿Afectos que jerarquizan y razones que igualan? Repensando el lugar de la afectividad en el servicio doméstico de Buenos Aires. *Maguaré*. 32(2):15–49

Caprón G. 2016. El otro como amenaza y la internalización de la diferencia en ámbitos residenciales cerrados suburbanos del Área Metropolitana de la Ciudad de México. *Sociológica*. 31(89):45–68

Castañeda F. 2004. *La Crisis de La Sociología Académica En México*. México: Miguel Ángel Porrúa

Castro Y. 2016. *Extranjero en mi propia tierra: procesos familiares de retorno en Colombia*. Doctorado Estudios de población thesis. Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México

Cayuela S. 2008. ¿Biopolítica o Tanatopolítica? Una defensa de la discontinuidad histórica. *Daimon Rev. Filos.* (43):33–49

Chalmers AF. 1990. *¿ Qué Es Esa Cosa Llamada Ciencia? Una Valoracion de La Naturaleza y El Estatuto de La Ciencia y Sus Metodos*. México: Siglo XXI. 11th ed.

Cienfuegos J. 2017. *Conyugalidad a Distancia. Resignificación En La Intimidad y Organización de Familias Transnacionales*. Chile: Universidad Alberto Hurtado / Ril Editores

Clairgue EN. 2012. *Migración de retorno, nostalgia y reencuentro conyugal: el caso de las familias en La Concepción, Veracruz.* Maestría en Estudios Culturales thesis. El Colegio de la Frontera Norte

Colin C. 2017. Del miedo al orgullo: emociones que conducen a la movilización patrimonial. El caso del barrio Matta Sur, Santiago de Chile. *Rev. Latinoam. Estud. Sobre Cuerpos Emociones Soc.* 8(22):9–20

Corduneanu VI. 2019. El papel de las emociones sociales y personales en la participación política. *Rev. Mex. Opinión Pública*. 14(26):71–96

Corona S, Rodríguez Z. 2000. El amor como vínculo social, discurso e historia: aproximaciones bibliográficas. *Espiral*. 6(17):49–70

Corsi J. 1995. Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención. In *El Varón Violento*, eds. J Corsi, M Dohmen, M Sotés, L Bonino, pp. 11–40. Argentina: Paidós

Costa S. 2006. ¿Amores fáciles? Romanticismo y consumo en la modernidad tardía. *Rev. Mex. Sociol.* 68(4):761–82

Cuéllar TA. 2019. *Afectividad y emociones en el servicio doméstico en la Ciudad de México : estudio de caso*. Licenciatura en Sociología thesis. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Cuevas AJ. 2017. Entre el orgullo y el miedo. Proceso de crianza y manutención de hijos entre madres solas del occidente mexicano. In *Acercamientos Multidisciplinarios a Las Emociones*, eds. R Esteinou, O Hansberg, pp. 197–218. México: Universidad Nacional Autónoma de México

da Silva VV. 2006. De repente do riso fez-se o pranto: representações e expressões do amor e do sofrimento amoroso. *Rev. Bras. Sociol. Emoção*. (14/15):222–50

Damasio AR. 2005. *En Busca de Spinoza: Neurobiología de La Emoción y Los Sentimientos*. Barcelona: Crítica

D’Aubeterre ME. 1995. Tiempos de espera: emigración masculina, ciclo doméstico y situación de las mujeres en San Miguel Acuexcomac, Puebla. In *Relaciones de Género y Transformaciones Agrarias*, eds. S González, V Salles, pp. 255–97. México: El Colegio de México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer.

D’Aubeterre ME. 2000. *El Pago de La Novia: Matrimonio, Vida Conyugal y Prácticas Trasnacionales En San Miguel Acuexcomac*. México: Colegio de Michoacán, BUAP, ICSyH

Enríquez R. 2009. *El Crisol de La Pobreza: Mujeres, Subjetividades, Emociones y Redes Sociales*. México: ITESO

Esposito R. 2009. *Tercera Persona: Política de La Vida y Filosofía de Lo Impersonal*. Argentina: Amorrortu

Etcheberry LD. 2017. Cuerpos y emociones de mujeres en trabajos masculinizados. Estudio en una empresa minera chilena. *Rev. Latinoam. Estud. Sobre Cuerpos Emociones Soc.* 9(24):61–70

Falicov C. 2002. Migración, pérdida ambigua y rituales. *Perspect. Sistémicas*. 13(69):3–7

Fernández AM. 2014. Movimientos y sentimientos. *Rev. Latinoam. Estud. Sobre Cuerpos Emociones Soc.* 2(13):35–50

Foucault M. 1994. *Dits et Écrits III*. Francia: Gallimard

Freire J. 2012. O apego com a cidade e o orgulho de ser da Baixada: emoções, engajamento político e ação coletiva em Nova Iguaçu. *Rev. Bras. Sociol. Emoção*. 11(33):915–40

García A. 2013. Una lectura del amor desde la sociología: algunas dimensiones de análisis social. *Sociológica*. 28(80):155–88

García A. 2019. Neurociencia de las emociones: la sociedad vista desde el individuo. Una aproximación a la vinculación sociología-neurociencia. *Sociológica*. 34(96):39–71

García A, Sabido, Olga. 2017. El estudio sociológico del amor corporeizado: la construcción de un objeto de estudio entrelazando teorías y niveles analíticos. *Estud. Sociológicos*. 35(105):653–75

García V, Guzmán A, Marín R. 2017. El tránsito de las emociones en la acción colectiva. Análisis del discurso de los jóvenes del “# Yo Soy 132.” *Rev. Latinoam. Estud. Sobre Cuerpos Emociones Soc.* (22):21–32

Geertz C. 1988. *La Interpretación de Las Culturas*. España: Gedisa

Giddens A. 1998. *La Transformación de La Intimidad. Sexualidad, Amor y Erotismo En Las Sociedades Modernas*. España: Cátedra

González V. 2005. El duelo migratorio. *Trab. Soc.* (7):77–97

González-Fernández T. 2016. Entre nodos y nudos: ambivalencias emocionales en la migración transnacional: Una aproximación etnográfica a las emociones a partir de familias transnacionales entre Bolivia y España. *Odisea Rev. Estud. Migr.* (3):99–123

Gordon S. 1990. Social structural effects on emotions. In *Research Agendas in the Sociology of Emotions*, ed. T Kemper, pp. 145–79. EUA: State University Of New York Press

Gravante T, Poma A. 2018. Manejo emocional y acción colectiva: las emociones en la arena de la lucha política. *Estud. Sociológicos*. 36(108):595–618

Gravante T, Poma A. 2019. Emociones, trauma cultural y movilización social: el movimiento por las víctimas de Ayotzinapa en México. *Perfiles Latinoam.* 27(53):1–23

Gutiérrez S. 2016. El papel de las emociones en la conformación y consolidación de las redes y movimientos sociales. In *Emociones, Afectos y Sociología. Diálogos Desde La Investigación Social y La Interdisciplina*, ed. M Ariza, pp. 399–440. México: Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México

Hernández I. 2016. Migración y afectividad a distancia: escenarios emocionales con la dinámica familiar transnacional en el contexto de la migración oaxaqueña hacia los Estados Unidos. In *Emociones, Afectos y Sociología: Diálogos Desde La Investigación Social y La Interdisciplina*, ed. M Ariza, pp. 109–46. México: IIS-UNAM

Hirai S. 2009. *Economía Política de La Nostalgia: Un Estudio Sobre La Transformación Del Paisaje Urbano En La Migración Transnacional Entre México y Estados Unidos*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa

Hirai S. 2014. La nostalgia: Emociones y significados en la migración trasnacional. *Nueva Antropol.* 27(81):77–94

Hirai S. 2016. La construcción de un clima antiinmigrante. Las imágenes del otro y el miedo a los japoneses en la primera década del siglo XX en los Estados Unidos. In *Emociones, Afectos y Sociología. Diálogo Desde La Investigación Social y La Interdisciplina*, ed. M Ariza, pp. 477–519. México: IIS-UNAM

Hochschild AR. 1983. *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press

Hourcade E. 1995. Un balance de las controversias. In *En Luz y Contra Luz de Una Historia Antropológica*, eds. C Godoy, H Botalla, pp. 189–220. Argentina: Biblos

Jasper JM. 1997. *The Art of Moral Protest: Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*. EUA: University of Chicago Press

Jasper JM. 2012. Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación. *Rev. Latinoam. Estud. Sobre Cuerpos Emociones Soc.* 3(10):48–68

Jónasdóttir A. 1993. *El Poder Del Amor: Le Importa El Sexo a La Democracia?* España: Cátedra

Kaufman M. 1997. Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. In *Masculinidades, Poder y Crisis*, eds. T Valdés, J Olavarría, pp. 63–81. Chile: Isis Internacional/ Flacso-Chil

Kemper TD. 1990. Social relations and emotions: A structural approach. In *Research Agendas in the Sociology of Emotions*, ed. TD Kemper, pp. 207–37. Albany: State University of New York Press

Kemper TD. 2006. Power and status and the power-status theory of emotions. In *Handbook of the Sociology of Emotions*, eds. JE Stets, JH Turner, pp. 87–113. Nueva York: Springer Science and Business Media LLC

Koury MG. 2002. Confiança e Sociabilidade. Uma análise aproximativa da relação entre medo e pertença. *Rev. Bras. Sociol. Emoção*. 1(2):171–205

Koury MG. 2004. Cultura do Medo e Juventude no Brasil atual. *Rev Bras. Sociol. Emoção*. 3(8):199–218

Koury MG. 2007. Imaginário social e sentimentos de medo na cidade de João Pessoa, PB. *Rev. Bras. Sociol. Emoção*. 6(17):234–75

Koury MG. 2014. Relações sociais no cotidiano Processos de sociabilidade e de justificação como formas renovadas de solidariedade e conflito. *Rev. Bras. Sociol. Emoção*. 13(39):287–302

Koury MG. 2017. A cidade de João Pessoa revisitada: cultura emotiva e sentimentos de medo na cidade. *Rev. Bras. Sociol. Emoção*. 16(47):155–72

López AM, Ramos ME. 2018. La pérdida del empleo y su efecto en la identidad y afectividad masculina. In *Masculinidades, Familias y Comunidades Afectivas*, eds. R Enríquez, O López, pp. 93–119. México: ITESO, UNAM-FES Iztacala

López C. 2018. Comunicación y sentimientos desde la Teoría de Sistemas Sociales de Niklas Luhmann. *Sociológica*. 33(93):53–86

López G. 2007. Migración, mujeres y salud emocional. *Rev. Decisio Educ. Ciudad.* 18:46–50

López V. 2012. *Vida intrafamiliar y migración internacional en dos comunidades rurales de Puebla: la mirada de las mujeres que se quedan*. Licenciatura en Sociología thesis. Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Luna R. 2005. *Sociología Del Miedo: Un Estudio Sobre Las Ánimas, Diablos y Elementos Naturales*. México: Universidad de Guadalajara

Luna R. 2008. Cambio social y cultura de la resignación y el sufrimiento. *Espac. Abierto Cuad. Venen. Sociol.* 17(2):267–84

Luna R, Mantilla L. 2018. Desde la sociología de las emociones a la crítica de la Biopolítica. *Rev. Latinoam. Estud. Sobre Cuerpos Emociones Soc.* 9(25):24–33

Lutz C, White GM. 1986. The anthropology of emotions. *Annu. Rev. Anthropol.* 15(1):405–36

Mancini F. 2016. Emociones en riesgo: miedo, vergüenza y culpa en tiempos de incertidumbre laboral. In *Emociones, Afectos y Sociología: Diálogos Desde La Investigación Social y La Interdisciplina*, ed. M Ariza, pp. 193–240. México: IIS-UNAM

Martínez T. 2008. *Tan lejos y tan cerca: la dinámica de los grupos familiares de migrantes desde una localidad michoacana en el contexto transnacional.* Doctorado en Antropología thesis. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología

Maya E, Galindo JA, Jiménez M de J. 2019. La ira y los nervios como malestares emocionales en la conyugalidad a distancia. *Trab. Soc.* 21(2):27–51

Maya E, Jarillo EC. 2018. Experiencia afectiva de las parejas de migrantes durante el período ausencia-espera en la comunidad de Caxuxi, Hidalgo, México. *Rev. Latinoam. Estud. Sobre Cuerpos Emociones Soc.* 10(26):22–33

Mercadillo RE. 2016. Reflexiones para un diálogo entre la neurociencia social y la sociología de las emociones. In *Emociones, Afectos y Sociología: Diálogos Desde La Investigación Social y La Interdisciplina*, ed. M Ariza, pp. 547–83. México: IIS-UNAM

Miller W. 1997. *The Anatomy of Disgust*. England: Cambridge, MA: Harvard University Press

Montarcé I. 2019. La fragilidad del taylorismo simbólico: entre el consentimiento y la transgresión al control afectivo en Call Centers. *Rev. Latinoam. Estud. Sobre Cuerpos Emociones Soc.* 10(28):11–22

Mummert G. 1988. Mujeres de migrantes y mujeres migrantes de Michoacán: nuevos papeles para las que se quedan y para las que se van. In *Movimientos de Población En El Occidente de México*, eds. T Calvo, G López, pp. 281–97. México: El Colegio de Michoacán/Centre d’Études Mexicaines et Latinoamericaines

Nieto R. 2017. Trabajos emocionales y labores afectivas. *Alteridades*. 27(53):35–46

Olvera M, Sabido O. 2007. Un marco de análisis sociológico de los miedos modernos: vejez, enfermedad y muerte. *Sociológica*. 22(64):119–49

Ortiz N. 2019. Cacerolazo: emociones y memoria en el movimiento estudiantil 2011. *Polis Rev. Latinoam.* (53):64–77

Osorio F. 1998. La explicación en antropología. *Cinta Moebio Rev. Epistemol. Cienc. Soc.* (4):201–40

Otero S. 2006. Emociones y movimientos sociales: algunas claves útiles para estudiar el conflicto armado. *Colomb. Int.* (63):174–87

Peláez C. 2016. Un mar de vergüenza y asco. Experiencias laborales de limpiadoras de pescado. In *Emociones, Afectos y Sociología: Diálogos Desde La Investigación Social y La Interdisciplina*, ed. M Ariza, pp. 149–92. México: IIS-UNAM

Peña JC, Arias L, Boll V. 2019. Los celos como norma emocional en las dinámicas de violencia de género en redes sociales en las relaciones de pareja de estudiantes de Temuco, Chile. *Multidiscip. J. Gend. Stud.* 8(2):180–203

Portes A. 2004. La sociología en el continente: convergencias pretéritas y una nueva agenda de alcance medio. *Rev. Mex. Sociol*. 66(3):447-483

Puyana Y, Rojas A. 2011. Afectos y emociones entre padres, madres e hijos en el vivir transnacional. *Trab. Soc.* (13):95–110

Quattrini D. 2015. Emociones para el trabajo. Un estudio de las percepciones de las exigencias emocionales de los ﻿selectores de empleo. *Rev. Bras. Sociol. Emoção*. 14(42):57–74

Quattrini D. 2017. Prácticas, competencias y exigencias emocionales. Una mirada de los formadores de emprendimientos en Villa María (Córdoba). *Rev. Latinoam. Estud. Sobre Cuerpos Emociones Soc.* (23):45–57

Ramírez JC. 2014. Los hombres y las emociones: atisbos a partir de las relaciones de poder en la pareja. In *Familias, Género y Emociones, Aproximaciones Interdisciplinarias*, ed. AJ Cueva, pp. 153–76. México: Universidad de Colima, Juan Pablos Editor

Ramírez JC. 2019. “Me da mucho miedo esto”. Hombres, (des) empleo y familia: un acercamiento al vocabulario emocional. *Rev. Interdiscip. Estud. Género El Col. México*. 5(402):1–34

Ramos M. 2009. Entre la tristeza y la esperanza: Reconstrucciones identitarias de los mexicanos en Estados Unidos. In *Migración e Identidad: Emociones, Familia y Cultura*, ed. M Ramos, pp. 37–70. México: Fondo Editorial de Nuevo León

Reguillo R. 2008. Sociabilidad, inseguridad y miedos: Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea. *Alteridades*. 18(36):63–74

Reyna M. 2016. El dolor, la indignación y la fe: las emociones como impulsoras del “Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad.” In *Emociones, Afectos y Sociología: Diálogos Desde La Investigación Social y La Interdisciplina*, ed. M Ariza, pp. 441–75. México: IIS-UNAM

Rodríguez GE. 2015. Las emociones como expresión de la desigualdad social en situaciones de conflicto social comunitario ch’ol. *Rev. Bras. Sociol. Emoção*. 14(40):80–96

Rodríguez T. 2017a. Las tecnologías afectivas y el imaginario romántico en las experiencias de pareja de jóvenes urbanos. In *Acercamientos Multidisciplinarios a Las Emociones*, eds. R Esteinou, O Hansberg, pp. 155–72. México: Universidad Nacional Autónoma de México

Rodríguez ZI. 2014. Socialización, valores y emociones en torno al amor y la sexualidad, dos generaciones de mujeres. In *Familias, Género y Emociones, Aproximaciones Interdisciplinarias*, ed. AJ Cuevas, pp. 39–62. México: Universidad de Colima, Juan Pablos Editor

Rodríguez ZI. 2017b. Emociones juveniles entorno al amor: Autorregulación del yo e imaginarios amorosos. In *Acercamientos Multidisciplinarios a Las Emociones*, eds. R Esteinou, O Hansberg, pp. 123–54. México: Universidad Nacional Autónoma de México

Rodríguez ZI. 2019. Imaginarios amorosos, reglas del sentimiento y emociones entre jóvenes en Guadalajara. *Estud. Sociológicos*. 37(110):339–58

Romeu V. 2019. Sociabilidad y sensibilidad en Simmel. Reflexiones desde la fenomenología de la comunicación. *Estud. Sociológicos*. 37(110):369–96

Rozo JA. 2007. Efectos del duelo migratorio y variables socioculturales en la salud de los inmigrantes. *Eclecta*. 5(12):15–19

Ryan L. 2008. Navigating the emotional terrain of families “here” and “there”: women, migration and the management of emotions. *J. Intercult. Stud.* Número especial: Transnational Families, Emotions and Belonging 29(3):299–313

Sabido O. 2011. El cuerpo y la afectividad como objetos de estudio en América Latina: intereses temáticos y proceso de institucionalización reciente. *Sociológica*. 26(74):33–78

Sabido O. 2017. Georg Simmel y los sentidos: una sociología relacional de la percepción. *Rev. Mex. Sociol.* 79(2):373–400

Sabido O, García A. 2015. El amor como vínculo social: con Elias y más allá de Elias. *Sociológica*. 30(86):31–63

Salguero A. 2007. El significado del trabajo en las identidades masculinas. In *Reflexiones Sobre Masculinidades y Empleo*, eds. L Jiménez, O Tena, pp. 429–48. México: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias

Tavano CS. 2019. “Nuestra única venganza es ser felices”: emociones, sentimientos y militancias de H.I.J.O.S. en Espacios de memoria. *Polis Rev. Latinoam.* (53):46–63

Teló F. 2019. Campesinos, emociones y tentativas de resistencia armada a la dictadura empresarial-militar de Brasil. *Polis Rev. Latinoam.* (53):14–26

Tena O. 2007. Problemas afectivos relacionados con la pérdida, disminución y riesgo de pérdida del empleo en varones. In *Reflexiones Sobre Masculinidades y Empleo*, eds. L Jiménez, O Tena, pp. 357–76. México: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias

Thirión J. 2007. Los call centers y los nuevos trabajos del siglo XXI. *Confin. Relac. Int. Cienc. Política*. 3(5):49–58

Tuñón E, Martínez A. 2019. Experiencias nostálgicas de migrantes mexicanos en Nueva York. *Migr. Int.* 10:1–20

Vázquez K, Enríquez R. 2014. El papel de las estrategias de regulación emocional en cuidadores familiares de enfermos crónicos. In *Las Emociones Como Dispositivos Para La Comprehensión Del Mundo Social.*, eds. R Enríquez, O López, pp. 253–74. México: ITESO

Velasco M de L. 2016. Emociones, orden de género y agencia: vergüenza e ira entre mujeres indígenas originarias de Los Altos de Chiapas. In *Emociones, Afectos y Sociología: Diálogos Desde La Investigación Social y La Interdisciplina*, ed. M Ariza, pp. 329–172. México: IIS-UNAM

Wallerstein IM. 2004. *The Uncertainties of Knowledge*. Philadephia: Temple University Press

Wood E. 2001. The Emotional Benefits of Insurgency in El Salvador. In *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, eds. J Goodwin, JM Jasper, F Polletta, pp. 267–81. Chicago and London: University of Chicago Press

Zenobi D. 2013. Del “dolor” a los “desbordes violentos”. Un análisis etnográfico de las emociones en el movimiento Cromañón. *Intersecc. En Antropol.* 14(1):353–65